

V

Cuatro veces el sol resplandeciente  
tras de los montes ocultó su frente,  
más al brillar en el siguiente día  
los gallos con sus cantos despertaron  
á las niñas, que al sueño en la alquería  
y al nocturno reposo se entregaron.

Bien pronto por los campos y cañadas  
en procesión tristísima agrupadas,  
del mar hácia la playa descendiendo,  
viéronse de la Acadia las mujeres,  
en poderosos carros conduciendo  
de sus casas los únicos enseres.

A menudo su marcha detenían,  
y por última vez, tristes veían  
aquellas chozas que dejaba abiertas

de su existencia el desgraciado sino,  
antes que fuesen á quedar cubiertas  
por las quiebras y bosques del camino.

Y cerca de las madres, bullidosos,  
excitando á los bueyas afanosos,  
los muchachos descalzos caminaban,  
á la vez que orgullosos y contentos  
entre sus manos con afán llevaban  
de sus juguetes débiles fragmentos.

Así junto á las bocas se agolparon  
del río Gaspereau, y amontonaron  
de la mar bonancible en la ribera,  
de una atroz confusión en los horrores,  
como nunca en su vida un pueblo viera,  
los bienes de los pobres labradores.

Todo el día á los buques trasportando  
lo que se iba en la playa amontonando  
sin descanso los botes estuvieron;  
y sin dar una tregua á su tarea,  
los carros cargadísimos se vieron  
todo el día bajando de la aldea.

Mas cuando el sol tras de la cumbre había  
ocultado su disco y descendía,  
coronado de bellos resplandores,  
tras las tapias del viejo cementerio,  
se escucharon los férreos atambores  
resonando con lúgubre misterio.

Del templo entonces las cerradas puertas  
viéronse á un tiempo con fragor abiertas,  
y salir orgulloso, por delante,  
de los labriagos dóciles seguido,  
el jefe de la escuadra ó comandante  
que á prisión los había reducido.

Cual esos peregrinos que viajando  
lejos de su país, marchan cantando  
y olvidan con sus cantos sus dolores,  
de la iglesia á la playa descendían  
de la Acadia los buenos labradores,  
do sus hijas y esposas se veían.

Mas al ir los muchachos por delante  
con su voz aunque dulce, resonante,  
—“¡Oh corazón del Salvador! ¡oh fuente!—

cantaban, distraiendo su agonía,—  
“de humildad y de amor santo y clemente  
“¡llénanos nuestro pecho en este día.”

Entonces los ancianos que marchaban,  
y sus buenas esposas, que se hallaban  
de pié junto á los lados del camino,  
unieron sus plegarias y oraciones,  
y hasta las aves de canoro trino  
entonaron tiernísimas canciones.

En la pendiente de la mar vecina  
esperaba entretanto Evangelina,  
no por la pena y el dolor domada,  
que de su agudo sufrimiento en la hora,  
aunque á llorar por siempre resignada,  
serena aparecía y seductora.

Mas al ver, de zozobra palpitante,  
pasar entre los otros, el semblante  
pálido de Gabriel, en sus enojos  
sintió una herida de su pecho adentro,  
las lágrimas corrieron de sus ojos  
y voló presurosa hácia su encuentro;

Y amorosa sus manos estrechando,  
la cabeza en sus hombros reclinando,  
díjole sonriendo y al oído:

—«No lo temas, Gabriel, fiel he de serte;  
«si me amas, cual lo tienes prometido,  
«no podrá separarnos ni la muerte.»

Entonces con el paso apresurado  
vió acercarse á su padre ¡cuán mudado  
estaba su semblante! ¡sus colores,  
marchitos por la pena se veían,  
y de sus negros ojos los fulgores  
apagados del todo aparecían!

Y en su andar vacilante se notaba  
que á aquel humilde anciano le agobiaba,  
más que la edad que nuestra frente abate,  
el corazón, que, de dolor desecho,  
después de tan durísimo combate,  
llevaba palpitando entre su pecho.

Mas ella, al verse de su padre enfrente,  
hacia él avalanzóse sonriente;  
tras de su cuello entrelazó su brazo,

y conmovida, contemplando el cielo,  
le dijo, reclinada en su regazo,  
palabras de esperanza y de consuelo.

Entretanto, en la playa continuaba  
el tumulto y desorden, que causaba  
de la gente el embarque, y afanosos,  
de familias y muebles recargados,  
iban y regresaban presurosos  
los botes al transporte consagrados.

Y era tal el desorden, que angustiosas  
de sus pobres maridos, las esposas  
viéronse separadas, y las madres  
ya muy tarde á sus hijos contemplaron,  
que solos, en la playa, sin sus padres,  
con manos suplicantes las llamaron.

Por esta causa separados fueron  
y á distintos navíos condujeron  
al herrero y Gabriel, mientras llorosa  
Evangelina, de su padre asida,  
contemplaba en la playa, silenciosa,  
aquella triste y lúgubre partida.

Iba apenas á medias la tarea,  
cuando el sol tras las cumbres de la aldea  
hundió su disco, oscuridad dejando  
del valle en los contornos. Lentamente  
su límite en la arena abandonando  
vióse el mar, enfrenando su corriente

Hasta dejar al aire descubierto,  
sobre la playa del cerrado puerto,  
algas y caracoles que esparcian,  
como en el campo las sencillas flores  
que hasta los cielos su perfume envían,  
sus acres y benéficos olores.

Y los botes que apenas encallados,  
cual si estuvieran de viajar cansados  
á través de la mar, del mar al río,  
al sentir que las olas se alejaban  
con su ronco y salvaje murmurio,  
perezosos al suelo se inclinaban.

Y en tanto, entre sus rústicos enseres,  
unidos á sus hijos y mujeres,  
y cual se usa en guerreros campamentos,

guardados por el mar, y sus señores,  
al expionaje y vigilancia atentos,  
acampaban los pobres labradores.

Entonces por los bosques y vallados  
viéronse regresando los ganados,  
cuando la noche al valle descendía,  
y en las ráfagas de aire que llegaban,  
el olor de la leche se sentía  
que las hinchadas ubres encerraban.

Largo tiempo, rodeando los corrales  
estuvieron los pobres animales;  
largo tiempo esperaron, mas en vano,  
que ni la voz de la lechera oyeron,  
ni la presión de su robusta mano  
para ordeñarlas dóciles sintieron.

Todo en silencio lánguido yacía:  
ni un leve paso resonar se oía,  
la campana tristísima callaba,  
no se elevaba el humo tras los techos,  
ni las altas ventanas alumbraba  
la alegre lumbre del hogar á trecho.

En tanto de la mar en las riberas  
formaban las familias sus hogueras,  
con palos á las costas arrojados  
por la mar al rugir embrecida,  
para buscar, á su alrededor sentados,  
dulce el calor que á reposar convida,

Entonces á la lumbre se acogieron,  
y en torno de ella aparecer se vieron  
rostros llenos de espanto y de tristeza:  
las mujeres tristísimas hablaban,  
los hombres inclinaban la cabeza,  
y los muchachos sin cesar gritaban.

Y de una hoguera en otra, su tarea  
cumpliendo con valor, cual si en la aldea  
del uno al otro hogar fuera afanoso,  
marchaba el sacerdote, prodigando  
palabras de ternura, bondadoso,  
á todos sus amigos consolando.

Después se aproximó junto á la hoguera  
do Benedicto pálido estuviera,  
y al fulgor indeciso de la lumbre

que débilmente y vacilante ardía,  
vió su rostro; la horrible pesadumbre  
más demacrado aparecer le hacía.

La pobre Evagelina, inútilmente  
acariciaba su abatida frente;  
en vano el alimento preparaba,  
que con la vista entre las llamas fija,  
tal vez inmóvil, sin hablar, pensaba  
en el destino próximo de su hija.

El sacerdote entonces levantando  
sus manos á los cielos, implorando  
dulce resignación para su amigo,  
dijo, con triste y conmovido acento:  
—“¡En el nombre de Dios yo te bendigo;  
eleva hasta ese Dios tu pensamiento!”

Pocas y breves sus palabras fueron,  
mas de sus labios al brotar, salieron,  
calladas, temblorosas, vacilando,  
como los pasos débiles de un niño  
el umbral de la casa atravesando,  
guiado con dulce y maternal cariño.

Después, de Evangelina en la cabeza  
colocando sus manos, con tristeza  
levantó hacia los cielos sus miradas,  
do, ajenas al dolor, indiferentes  
al mal ó á la virtud, de luz bañadas,  
brillaban las estrellas esplendentes.

De repente, hacia el Sur, como la llama  
color de sangre, que, al surgir, derrama  
la luna engrandecida, tras los montes  
en las noches de otoño, viva lumbre  
bañó los apartados horizontes,  
se extendió tras la agreste muchedumbre

De rocas y de bosques, y elevando  
como un titán las manos, abrazando  
de las montañas la elevada frente,  
amontonó la sombra en las praderas,  
y tras ella, cual fúlgido torrente,  
deslizóse del mar á las riberas;

Con su fulgor iluminó los cielos,  
tiñó de rojo los flotantes velos  
de las nubes que el aire atravesaban,

bañó de fuego la dormida tierra,  
y extendió su fulgor á do se hallaban  
anclados los navíos de Inglaterra.

Columnas de humo tras los pobres techos  
por el incendio rotos y deshechos,  
se elevaban en negros remolinos,  
y las llamas, barriendo los corrales,  
á los graneros y al trigal vecinos  
alzábanse en rojizas espirales.

El viento en su carrera arrebatava,  
y en remolino rápido agitaba  
astillas de los techos desprendidas  
que en el aire flotaban, y soplando  
sobre aquellas hogueras encendidas,  
que estaban las campiñas devorando,

Alzaba los carbones, leves brasas  
cual las chispas del hierro, que las mazas  
destrozan bajo el yunque, y temblorosas  
las rojas lenguas del ardiente fuego  
y de humo las columnas tenebrosas,  
ora apartaba y enroscaba luego.

La multitud en tanto, en la cubierta  
de los buques ingleses, ó en la abierta  
ribera de la mar, absorta, muda,  
contemplaba al principio aquella horrible  
tremenda escena, que venganza ruda  
solo pudo inspirar; mas un terrible

clamor confuso se elevó en seguida  
de aquella multitud enardecida:  
—“Aunque á nosotros concedido sea  
“volver—dijeron—á los patrios lares,  
“ya jamás levantándose en la aldea  
“volveremos á ver nuestros hogares.”

Orgullosos después en sus serrallos  
cantar se oyeron los dormidos gallos,  
que la luz del incendio confundiendo  
con el albor con que despierta el día,  
se enseñorearon del corral, creyendo  
que en los cielos del valle amanecía.

Y los dulces tristísimos balidos  
de los pobres rebaños aturdidos,  
á través de las cumbres de los cerros,

claros y resonantes se escuchaban,  
unidos al aullido de los perros  
que asustadizos por do quier ladraban.

Tal como en las florestas y praderas  
que se hallan del Nebraska en las riberas,  
en medio del dormido campamento,  
pavor y miedo por do quier causando,  
los caballos salvajes, como el viento,  
pasan despavoridos, relinchando;

Y rebaños de búfalos al río  
se precipitan al correr con brío,  
así despedazando los vallados,  
corriendo hácia los bosques, se veían  
los caballos, ovejas y ganados  
que del incendio rápidos hufan.

En tanto, en las riberas, afanosa  
la pobre Evangelina, silenciosa  
aquella horrible escena contemplaba,  
apoyada en el padre Feliciano;  
mas los dos, al volverse do se hallaba  
meditabundó el venerable anciano;

sobre la playa inmóvil extendido,  
el rostro entre la arena sumergido,  
rígido y sin aliento lo encontraron;  
que, devorado por pesar profundo,  
cuando al pobre las fuerzas le faltaron,  
desplomóse en la playa moribundo.

El sacerdote entonces, blandamente  
de entre la arena levantó su frente  
sobre los hombros débiles caída,  
y Evangelina, trémula, llorosa,  
por el dolor y su pesar vencida,  
se arrodilló á su lado cariñosa.

Mas entonces, ahogada por la pena  
que la garganta anuda y encadena,  
ella á vez, en el espacio estrecho  
que á los pobres de tienda les servía,  
hundida la cabeza sobre el pecho,  
cayó á sus piés con lánguida agonía.

Toda la noche, recostada, inerte,  
luchando en el silencio con la muerte,  
sobre la playa Evangelina estuvo;

mas al volver del sueño prolongado  
en que el violento ataque la mantuvo,  
pudo ver, de rodillas á su lado,

semblantes conocidos, que deseaban  
impartirle consuelo, y la miraban  
con apacible y lánguida tristeza,  
sobrecogidos de terror y espanto,  
inclinada sobre ella la cabeza  
y los ojos nublados por el llanto.

Todavía mirábase á lo lejos,  
del incendio voraz á los reflejos,  
iluminada la desierta aldea,  
que entre la llama y la ceniza ardía,  
y del color de la encendida tea,  
desde la playa el cielo se veía.

Entonces una voz que muchas veces  
hacia los cielos elevó sus preces  
por ella y por sus padres, y que le era  
familiar en extremo, oyó pausada  
á la gente que estaba en la ribera  
decir, por la congoja emocionada:



—«Junto al mar enterrémosle, señores;  
 «cuando tiempos felices y mejores  
 «de la tierra ignorada á donde iremos  
 «nos vuelvan otra vez á nuestros lares,  
 «sus restos venerables guardaremos  
 «de nuestro templo al pié de los altares.»

Y después, sin responsos ni plegarias,  
 teniendo por antorchas fuenerarias  
 las llamas del incendio, levantaron  
 de aquel labriego tan sencillo y bueno  
 el cuerpo inanimado, y lo arrojaron  
 de aquella playa en el abierto seno.

Y el padre Feliciano, entristecido  
 al ver entre la tierra sumergido  
 á aquel honrado y venerable anciano,  
 á sus rezos piadosos entregóse,  
 y la voz resonante del oceano  
 á sus plegarias férvidas mezclóse.

Cuando en los cielos, al siguiente día  
 resplandeciente el sol aparecía,  
 volvió á crecer el mar, y á las riberas

que los vientos marinos refrescaban,  
 hinchadas, turbulentas, altaneras,  
 las olas espumosas se acercaban.

Entonces el embarque prosiguióse;  
 la muchedumbre dócil, agolpóse  
 junto á los botes, al peligro alerta;  
 pero el término al dar á su jornada,  
 de cada buque inglés en la cubierta  
 vióse la multitud amontonada.

Entonces el velamen desplegando,  
 la escuadra inglesa se alejó, dejando  
 al partir á favor de la marea,  
 aquella playa en tumba convertida,  
 y aquella alegre y pintoresca aldea,  
 á humeantes escombros reducida.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.